

ÁNGEL GANIVET Y LA REVISTA *VIDA NUEVA* (1898-1900)

José Bernardo San Juan

(Facultad de Comunicación del Centro Universitario Villanueva (adscrito a la Universidad Complutense de Madrid))

jbernardos@villanueva.edu

RESUMEN:

El semanario *Vida Nueva* (1898-1900) fue la última publicación periódica en la que escribió Ángel Ganivet antes de suicidarse, en noviembre de 1898. Fue, además, la cabecera con mayor relevancia en la que colaboró. El difícil acceso a esta revista ha propiciado que apenas se haya prestado atención a sus colaboraciones en ella y que, además, se hayan generalizado incorrecciones al mencionarlas. El estudio de las colaboraciones de Ganivet permite tener un conocimiento más certero de esa cabecera cuyo estudio es capital para una cabal comprensión del fin de siglo. En este artículo se examinan, además, los textos de forma autónoma; se analiza cómo fueron y cómo comenzó la relación de esta revista con el escritor de Granada, lo que ésta supuso para su carrera y la interpretación que desde ella hicieron de su muerte.

Palabras clave: Ángel Ganivet; Regeneracionismo; *Vida Nueva* (1898-1900); Generación del 98; Historia del Periodismo.

ABSTRACT:

The weekly *Vida Nueva* (1898-1900) was the last journal in which Angel Ganivet wrote before committing suicide in November 1898. This article studies the relation of this magazine with the Granada's writer. The difficult access to *Vida Nueva* has meant that little attention has been paid to his contributions to it, the public image they helped create and that some

mistakes around them were generalized. *Vida Nueva* was the largest magazine distribution and fame in which collaborated Ganivet. Because of this recognition was higher as a result of this collaboration and also as a result, was remembered years later as a writer in *Vida Nueva* and therefore as a Regenerationist intellectual.

Keywords: Angel Ganivet; Regenerationism; *Vida Nueva* (1898-1900); Generation of 1898; History of journalism.

1.-INTRODUCCIÓN

Mucho se ha hablado sobre los últimos días de Ángel Ganivet y sus biógrafos los han reconstruido prácticamente hora a hora, con ayuda de sus cartas y de los testimonios de quienes le acompañaban. También se ha analizado, en la medida en que esto es posible, el estado del alma del escritor granadino en aquel trance. Sin embargo apenas han sido mencionadas las colaboraciones —y la relación— que Ganivet mantuvo con el semanario *Vida Nueva* (1898-1900) por más que unas y otra merezcan atención aunque solo fuera porque constituyen sus últimos textos escritos para una publicación periódica.

Esta carencia se debe, fundamentalmente, al difícil acceso a los fondos de esta cabecera cuya importancia en los años del fin de siglo es proporcional al abandono en el que cayó después (“tan excelente cuanto olvidado semanario” (sin p.) escribió Juan José Morato en 1927). En ella Juan Ramón y Manuel Machado publicaron algunas de sus primeras críticas literarias (las primeras, en el caso de Juan Ramón) y en ella colaboraron autores como Galdós, Blasco Ibáñez, Maeztu, Azorín, Bonafoux, Unamuno (con el célebre “Muera don Quijote”) y Rubén Darío, para quien *Vida Nueva* era “de lo mejor que se publica en España” (Rivas, 2000, p. 249). En los últimos años se han recuperado y puesto en valor, a través de trabajos parciales y escritos aisladamente, los textos que Azorín (Cano, 1968), Rubén Darío (Rivas, 2000), Juan Ramón Jiménez (García Blanco, 1961) y Galdós (Bush, 1980) publicaron en ella. En esa nómina falta por añadir a Ganivet.

El estudio de las colaboraciones de Ganivet ofrece interés por varias razones: por un lado permite tener un conocimiento más certero de esa cabecera cuyo estudio, según se ha esbozado, es capital para una cabal comprensión del fin de siglo. En relación con este aspecto es preciso considerar el hecho de que Ganivet publicara en *Vida Nueva* porque aunque se trate de una colaboración de pocos artículos –y no los más importantes– sí que fueron muy recordados y en los años siguientes con cierta frecuencia se hablará de Ganivet como de un prometedor escritor que publicaba en *Vida Nueva*. Ésta revista sirvió para darle relevancia y potenciar su imagen pública. En este sentido es también interesante analizar cómo fue su relación con esa publicación y cómo interpretaron su muerte. Por último es preciso aclarar los términos exactos de las colaboraciones de Ganivet con *Vida Nueva* y así enmendar las incorrecciones que con frecuencia se han prodigado, según se verá, en las menciones sobre estos artículos. A resolver estas cuestiones se dedicarán las siguientes páginas.

2.-GANIVET EN VIDA NUEVA

El carácter hiperactivo de Ganivet promovía, en el mismo año de su muerte, una cantidad ingente de proyectos y de creaciones. Basta leer su epistolario (Ganivet, 2008) para ver el ritmo frenético de trabajo: aprendizaje de idiomas (el último año ruso y alemán), redacción de informes sobre comercio internacional y, además, textos de carácter filosófico y literario: sólo en 1898 publicó o terminó de redactar las *Cartas Finlandesas*, los dos tomos de *Los Trabajos del Infatigable Creador Pío Cid*, sus colaboraciones para el *Libro de Granada*, y la obra de teatro *El Escultor de su Alma*. Por esas fechas también mantuvo una amistosa disputa con Unamuno y publicó algún artículo más en prensa.

El contacto de Ganivet con *Vida Nueva* se llevó a cabo por medio de Rodrigo Soriano, quien le había escrito solicitándole artículos (“a *Vida Nueva* envié unos artículos porque me escribió Soriano y quizás escriba más” (Ganivet, 2008, p. 1245), afirma en una de sus cartas). La carta escrita por Soriano debió de enviarse en los primeros meses de 1898 y tenía que ver con el peculiar nacimiento y con los objetivos de esta revista que tenía una “organización singularísima” (sin autor, 11 de diciembre de 1898, sin p.).

Antes de empezar a publicarse los redactores¹ habían enviado una *carta circular* a un nutrido grupo de intelectuales y periodistas en la que

"se decía que aquellos que sintieran necesidad de un periódico libre, donde el criterio o conveniencia del director no mermara la libertad del publicista, nos honrarían con su colaboración y con autorizarnos para que su nombre figurase en la lista de colaboradores. Las firmas de los redactores iban impresas; cada uno dio los nombres de aquellos escritores de su agrado" (sin autor, 11 de diciembre de 1898, sin p.).

En la idea fundacional lo que buscaban era un periódico sin director en el que cada cual pudiera publicar aquello que considerara oportuno sin necesidad de amoldarse a criterios de otros ni de someter las propias opiniones a una ideología determinada. Recordaban con frecuencia ese "espíritu" en sus páginas:

"(Vida Nueva) es un campo común donde todos los hombres de buena voluntad, que abominen de la reacción y amen la libertad y la justicia, pueden trabajar en defensa de sus ideales. (...) En Vida Nueva no hay director que imponga a los demás su criterio y el respeto a sus amistades y compromisos. Cada redactor es director de sí mismo, libre para escribir lo que juzgue conveniente y responsable de cuanto firmado o no firmado se publique. Aquí no hay responsabilidad o compromisos colectivos. Vida Nueva es esto: una organización en que no hay más intereses, más conveniencias ni compadrazgos ni reciprocidades que los de la libertad y la justicia (sin autor, 11 de diciembre de 1898, sin p.)."

Ciertamente se advierte en la revista un rechazo hacia cualquier clase de jerarquía. Entre el complejo panorama de la prensa de aquellos años, *Vida Nueva* pertenece al conjunto de "publicaciones nuevas", revistas de carácter regeneracionista e impulsadas, en buena medida, por sectores radicales de las jóvenes élites españolas. Desde esas publicaciones pretendían ofrecer una solución política y cultural renovadora a la crisis nacional. Eran, por lo general, republicanas y socialistas. Integraba el grupo un conjunto de revistas entre las que, además de *Vida Nueva*, se podrían destacar *Revista Nueva* (1899), *Alma Española* (1903-1904), el semanario *Germinal* (1897-1903, con varias interrupciones), *Helios* (1903-1904),

¹ Los redactores-fundadores son los siguientes: Eusebio Blasco, Vicente Blasco Ibáñez, Mariano de Cavia, Francisco Fernández Villegas (Zeda), José Jurado de la Parra, Enrique Lluria, José Nakens, Luis París, Benito Pérez Galdós, Jacinto Octavio Picón, Eugenio Sellés, Rodrigo Soriano, Felipe Trigo y José Verdes Montenegro.

Renacimiento (1907), *El Nuevo Mercurio* (1907), *Els Quatre Gats* (1899) y *Pèl & Ploma* (1899-1903), entre otras (Fuentes & Fernández, 1998 p. 171).

Por la calidad de sus colaboradores consiguieron desde los comienzos la atención de los lectores. Pablo Iglesias abogó en el primer número por la paz en las colonias e inmediatamente provocó un debate general en toda España. La revista atrajo las miradas de publicaciones extranjeras hasta el punto de que, según ellos mismos se jactaron, el *New York Herald Tribune* se felicitó por la llegada de una publicación que era "la voz de la juventud española" (sin autor, 26 de junio de 1898, sin p.) y unos meses más tarde *The New York Times* citaba las informaciones de *Vida Nueva* como fuente informativa para comprender qué sucedía en España (Lee Bates, 27 de agosto de 1899, sin p.). También tuvo gran acogida y difusión en Hispanoamérica.

El carácter anticlerical de muchos de los artículos de la publicación logró que hasta 8 obispos españoles prohibieran su lectura a su feligresía. Pasados los años sus colaboradores entendieron que lo iniciado en aquella revista había sido, de alguna forma, el comienzo de sus carreras. Azorín en 1903 explicaba cómo habían cesado los tiempos del cambio y sospechaba que "ya la decadencia se ha iniciado en los maestros casi viejos, Valle Inclán no volverá a escribir *Epitalamio*, ni Maeztu sus artículos de *Germinal*, *El País* y de *Vida Nueva*..." (1903, p. 9). Algo similar a lo que le había sucedido a Unamuno quien, al interpretar los años de fin de siglo, recordaba que "aquel nuestro movimiento espiritual del 98, aquella recia refriega de pluma, que halló su principal tribuna en *Vida Nueva*, fue un sacudimiento anárquico y anarquista, fue un *isálvese quien pueda!*" (1916, sin p.).

Ganivet había llegado a *Vida Nueva*, pues, invitado por Soriano y al poco de publicar su primer artículo comenzó a advertir su repercusión. La primera noticia que recibió fue por parte de las hermanas del escritor quienes le enviaron la revista, como él mismo confesaba en una carta: "Mis hermanas me han enviado algunos números de *Vida Nueva* (donde he encontrado mi artículo, que no sabía lo habían publicado)" (Ganivet, 2008, p. 1247). En esa misma carta expresa una primera opinión sobre la revista: "Casi me arrepiento de haber escrito, pues acá, para *inter nos*, la tal *Vida*

no me gusta nada. Es un chinarral y lo único mágico son ciertos alardes antirreligiosos muy inferiores a los del amigo Nakens en *El Motín*".

Al lector habitual de Ganivet no le han de extrañar estas opiniones acerca de *Vida Nueva* por cuanto ya el escritor de Granada había manifestado en más de una ocasión que la prensa española, en general, no le gustaba; en 1896 le había dicho por carta a Nicolás María López:

"Lo chocante es que en España no haya todavía un periódico legítimamente español. De los de partido no hay que hablar, pues en ninguna parte pueden conseguir ser leídos de las masas neutras, de que habla Salmerón; y de los periódicos independientes, hasta los títulos son ridículos y responden a un periódico histórico ya pasado: el anterior a 1869" (Gordon, 1998, p. 22).

Por esa razón, además de leer la prensa extranjera, se había propuesto fundar en el futuro un periódico que realmente estuviera acorde con lo que él pensaba que debía ser. Sin embargo, y a pesar de estos comentarios habituales de Ganivet, él había colaborado desde el comienzo de su carrera literaria y hasta el momento mismo de su muerte con diversos periódicos. De hecho *Cartas Finlandesas*, *Hombres del Norte* y *Granada la Bella* son libros de Ganivet cuyos contenidos habían sido publicados antes en *El Defensor* de Granada.

Lo cierto es que a pesar de su opinión negativa sobre *Vida Nueva* él siguió recibiendo felicitaciones por ella. Unamuno, por ejemplo, le escribió en varias ocasiones a propósito de sus artículos, al principio para comentarlos y darle la enhorabuena por haberlos escrito: "Mi querido amigo: celebro tenerle ya establecido *por ahora* en ésta, y no dejaré de aprovechar tal circunstancia para adquirir noticias. Su artículo en *Vida Nueva* me gustó mucho" (Gallego, 1971, p. 100). Semanas después Unamuno volvió a escribirle y aconsejarle que no dejara de enviar más artículos si quería ser un verdadero "instrumento del cambio social":

"Lo que ahora creo deber decirle es que si quiere llegar a tener un público, no tiene más remedio que escribir muchos artículos de periódicos en diarios y semanarios de Madrid. El que dio a Vida Nueva le dará más lectores que sus libros, y eso que espero llegue día en que sean buscados estos" (Gallego, 1971, p. 102).

Y llegó a escribirle en una tercera ocasión para volver a animarle a que enviara más artículos a esa cabecera. Debe tenerse en cuenta que Unamuno no formaba parte del cuerpo de redactores de la revista y, según

es bien sabido, estaba unido por una sincera amistad con Ganivet. Sus consejos no tenían más fin que el de ayudar a Ganivet a darse a conocer: "Mande usted cosas a *Vida Nueva*, que las desean. No le publicarán nada por compromiso; saben que empieza usted a tener un público afecto y no pequeño para lo que aquí se gasta" (Gallego, 1971, p. 106).

Y desde luego que fueron unos consejos acertados porque con ser sus artículos en esa revista poco importantes en relación con los que había publicado en otros medios, fue frecuentemente recordado después por los primeros. Buen ejemplo de ello lo ofrece Enrique Díez-Canedo. Este crítico se propuso hacer en 1918 una interpretación de los movimientos tectónicos que se habían dado en el fin de siglo en el mundo cultural español; su ensayo apareció en varias entregas en la *Revista General* bajo el título "La Literatura Contemporánea. España". Este crítico consideraba que la piedra angular para entender estos años era precisamente la obra de Ángel Ganivet:

"En los años que preceden inmediatamente a la guerra, un escritor personalísimo, el granadino Ángel Ganivet (1865-1898), formado en la soledad y en la meditación (...) siente la honda preocupación de los problemas nacionales (...). En él hállase el germen de muchos conceptos que más tarde se desarrollaron en nuestra literatura; la influencia que su persona y sus ideas ejercieron sobre un núcleo selecto de amigos, con los que mantuvo larga correspondencia, sólo en parte publicada, y que no es lo menos interesante de su labor, hubo de ser grandísima" (1918, pp. 1-2).

Y, un poco más adelante, explica que donde había tenido lugar esa transformación –y de momento en ese ensayo sólo había escrito sobre Ganivet– fue en la prensa cultural, en las denominadas "publicaciones nuevas": "Toda una literatura surgió entonces, en pequeñas revistas, efímeras las más de ellas: *Germinal*, *Vida Nueva*, *Electra*, *Juventud*, en que lo político se unió a lo literario".

3.-LAS COLABORACIONES DE GANIVET

En *Vida Nueva* aparecieron cinco artículos firmados por Ganivet. El primero de todos se titulaba "Nuestro espíritu misterioso" –y no "Vuestro espíritu misterioso" como aparece en algunas publicaciones (Celma, 1991, p. 539)– y apareció en el número 11 (21 de agosto de 1898). El ya mencionado desconocimiento de *Vida Nueva* ha propiciado que en los textos

sobre Ganivet habitualmente (Gallego, 1971, pp. 7-9) se indique que apareció en *El Defensor* de Granada el 16 de septiembre de 1898, sin embargo había aparecido tres semanas antes en *Vida Nueva*. El texto estaba dedicado a Rodrigo Soriano por haber sido éste, como ya se ha mencionado, quien le invitara a publicar en esta publicación. Se trataba de un artículo incendiario en el que alternaba multitud de asuntos sobre la realidad política española y sobre las colonias. Si Pablo Iglesias sostuvo en *Vida Nueva* la tesis de que había que firmar la paz aún a costa de perder las colonias, Ganivet sencillamente se lamentaba de haberlas tenido: "ni aguzando el entendimiento como un sofista de mala fe, sería posible hallar entre los hechos varios y con frecuencia absurdos de nuestra historia uno sólo que justifique el absurdo máximo de nuestra expansión colonial".

Comenzaba Ganivet relatando un suceso: en un pueblo andaluz los habitantes bebían el agua de un manantial. Por diversos avatares el manantial se cegó y tuvieron que buscar el agua en las corrientes turbias de un río cercano. En un momento de sequía en el que el cauce del río estaba casi seco los habitantes decidieron cavar en busca, de nuevo, de las aguas puras del manantial. Y lo lograron. De la misma forma, sostiene Ganivet, España debe encontrar cuál es el manantial secreto que se esconde en el fondo de la nación y que ha sido ocultado en los últimos años: "Yo sólo me atrevo a decir que la nueva creación no será para encomendarla a políticos, misioneros ni soldados sino a hombres que sean grandes y geniales escultores del espíritu".

El artículo aparecía debajo de otro, firmado por Enrique Lluria, un médico cubano que solía exponer sus teorías antropológicas en la prensa. No debió de gustar nada ese texto a Ganivet hasta el punto de decidir no enviar ninguna colaboración más. El texto se titulaba "Lo indispensable" y al escritor de Granada le pareció poco serio figurar en un periódico donde aparecían tales insensateces; Lluria argumentaba en un lenguaje pseudocientífico cómo el sistema nervioso era el resultado del progreso natural:

"La Naturaleza necesita encarnarse para manifestar su fuerza, y para el caso concreto que nos ocupa, formó el elemento nervioso; en éste registra aquella su poder, impresionándola bajo la forma de calor, onda sonora, luz, acción química, etc., fuerza, en una palabra:

en una célula nerviosa, la cantidad de fuerza que recibe de una onda sonora, por ejemplo, la registra, y conserva de una manera latente en un movimiento molecular especial y propio...”

Y la conclusión de todo era, nada más y nada menos, que había que mejorar la formación nacional como recurso para estimular mejores sistemas nerviosos y, así, iniciar el progreso. Ganivet estaba resuelto a dejarlo y tuvo que ser Soriano quien de nuevo le escribiera para pedirle que reconsiderara su decisión; se lo contó Ganivet a Navarro y Ledesma: “Soriano me escribió que enviara más; envié un rugido del león hispánico, un “¡Ñañññ...!” que no sé si publicarán. Si me publican al lado del señor Lluria no escribo más aunque me fusilen” (Ganivet, 2008: 1253).

Unamuno le escribió para informarle de que él iba a publicar un artículo en *Vida Nueva* sobre un tema análogo y le proponía –una vez más– que escribiera una contestación a su artículo de manera que podrían iniciar una “disputa amistosa” en las páginas de la revista porque, según se ha visto, entendía que eran un escaparate de primer orden²:

“Es una nota más del tema sinfónico a que usted va arrancando tantas y tan variadas variaciones. Es también uno de mis temas favoritos, y eso que yo propendo más a las elucubraciones abstractas y sin aplicación a contenido histórico. En uno de los próximos números de Vida Nueva verá usted un artículo mío “La pirámide nacional” que puede ser arranque de otros sucesivos. Versa en torno al problema de la instrucción elemental en España y concuerda en gran parte con lo que usted me tiene escrito acerca de la diferencia entre nuestra cultura y la de esos países. Si la idea que desarrollo le sugiere alguna consideración, me agradecería la expusiese en el mismo semanario. Todo lo que sea hacer resaltar de mil modos la verdadera importancia de la cultura elemental me parece poco” (Gallego, 1971, pp. 100-101).

Lo cierto es que en *Vida Nueva* sí que lo publicaron. “¡Ñañññ!... ” apareció el 16 de octubre de 1898 y era el artículo que abría el número, el más importante: esa era la forma que tenía Soriano de reconciliar a Ganivet con la revista. “¡Ñañññ!... ” continuaba con el dejo retador de sus propuestas políticas, era un verdadero “rugido del león hispánico” y concentraba las ideas que pensaba desarrollar más adelante en un manifiesto, según confesaba en una carta: “estoy escribiendo un

² En esta carta Unamuno se refería al artículo “Nuestro Espíritu misterioso” y no a “Ñañññ” como afirma Gallego Morell (1971, p. 99). El artículo no puede referirse a “Ñañññ” porque la carta está fechada un mes antes de la publicación de ese artículo.

“manifiesto a la juventud española” titulado *Hermanidad de trabajadores espirituales* que es cosa fuerte. Si lees mi artículo “Ñaññ”, eso te dará el tono” (Ganivet, 2008, p. 1245).

El artículo, al igual que el anterior, comenzaba con una historia simbólica: alguien da un pedazo de arcilla a dos escultores; uno de ellos modela una cara vivísima mientras que el otro forma una figura geométrica y la adorna con pinturas y piedras de gran valor. El primer resultado, dirá Ganivet, es arte mientras que el segundo es una forma muerta. De igual forma, concluye el artículo, aquellos que obran por darse gusto a sí mismos no son verdaderamente motor de progreso, sin embargo los que obran imprimiendo vida en cada una de sus acciones son los que hacen mejorar verdaderamente a una sociedad: “así el hombre, cuando procura el bien de sus semejantes, puede ser artista o pintabarros”.

Una vez en este punto, el granadino se sirve de varios ejemplos para mostrar cómo debe actuar una persona que es “artista”:

“Voy más lejos. La gente que yo quiero civilizar es antropófaga. ¿Creéis que suprimiré los festines canibalescos? Pues os equivocáis. Haré declamar o declamaré yo mismo relatos y canciones donde se dignifique a los héroes del país (en todas partes hay héroes), para que en fuerza de realzar los méritos del ser humano nazca espontáneamente el respeto a su vida. Una prohibición violenta no impediría que cada cual en su choza, como un dios Cronos, se comiera a sus propios hijos. Iré pues a los festines y haré de tripas corazón sin dejar de ingeniarme para que aquellas meriendas de negros se transformen, si es posible, con el tiempo, en asambleas académicas o parlamentarias. Y si me ofrecen un pedazo de carne, aunque sea dura, por humanidad, me la comeré. Sí: me la comeré ¡Ñañ!”.

Los dos artículos tienen en común la preocupación por el futuro de España: se procuran analizar las causas de la situación, los problemas actuales y los modos de salir del problema. El tono general, como se ha visto, es radical y provocativo: España no debió de “salir” en busca de América, la solución no es política ni religiosa y sólo unos pocos “superhombres” sacarán adelante a esta civilización decrepita.

La “Invocación al amor divino”, su siguiente colaboración, apareció en el número 26 y se trataba de un poema de 70 versos que fue publicado, por cinco días, de forma póstuma. Los versos venían precedidos de un texto sin firma donde se daba cuenta de la muerte del poeta –y no es cierto, por

tanto, que *Vida Nueva* anunciara más tarde la muerte de Ganivet, como se ha escrito en algún sitio (Seoane & Saiz, 1996, p. 201). En esa introducción se afirma que habían recibido una carta de Ganivet ("carta llena de promesas, de esperanzas, de proyectos...") de la que sólo se tiene noticia por esta referencia. Y, a continuación, se informa de que "como triste póstuma flor del escritor, poeta de altos vuelos, ofrecemos a nuestros lectores una composición que llegaba a nuestras manos cuando quizá sucumbía en lejanas tierras el ilustre Ganivet". Aunque se da a entender que la composición estaba contenida en la carta, el hecho de que sea un poema de *Los Trabajos del Infatigable Creador Pío Cid* pone en tela de juicio todo lo anterior.

Ganivet había publicado los dos tomos de su novela unos días antes y ese poema, contenido en el segundo tomo, había sido compuesto muy probablemente en los primeros meses de 1898. Es probable que Soriano o alguno de los colaboradores de *Vida Nueva* hubieran accedido a la edición de la novela y hubieran seleccionado el poema, por ser indicado para la ocasión. Con ser esto lo más probable, no deja de ser llamativo que nada digan acerca de la novela de la que proviene, como habían hecho en otras muchas ocasiones cuando extractaban un texto de una obra superior. Sea como fuere, el texto era de Ganivet y ofrecía una interpretación de la compleja situación de su alma.

Pero antes de ofrecerla es posible, con ayuda de los testimonios y de sus escritos, reconstruir el estado real del alma de Ganivet en esos días últimos. Conviene recordarlo para compararlo con la interpretación que desde la revista hicieron. Es sabido que aunque en las últimas semanas de vida Ganivet continuó trabajando a gran ritmo, sus sufrimientos eran notables:

"Ángel Ganivet llega a Riga en agosto de 1898. (...) Su vida desazonada (...) debió de exacerbarse en tal grado, que el barón von Brück, cónsul de Alemania en cuya casa se instala Ganivet, a título de amigo muy querido, se cree en el caso de llevarle a un médico. Había observado von Brück en Ganivet una agitación más que sospechosa (...) Nuestro hombre comía poco, dormía menos, descuidaba sus trabajos. No se acostaba sin dar antes por la habitación insistentes paseos. El diagnóstico del médico –cierto doctor von Haken– que reconoció a Ganivet fue rápido y terminante: parálisis progresiva y

manía persecutoria. El tratamiento exigía una inmediata reclusión” (Fernández Almagro, 1923, p. 290).

Al diagnóstico del médico y a la recomendación de que lo internaran se debe unir el pronto reencuentro con Amalia –la mujer con la que había tenido dos hijos– y, junto con todo ello, lo que se podría denominar “el problema religioso”. Sus planteamientos religiosos “teóricos”, por llamarlos de alguna manera, estaban bien definidos y él se cuidó mucho por disipar cualquier duda. Dos días antes de su muerte, entregó una especie de testamento espiritual a su anfitrión el barón von Brück. El texto fue mantenido en oculto durante años hasta su publicación. Estaba dirigido a su hijo y constaba de diez puntos. Comienza declarando cual es su postura religiosa:

“Por si esta declaración fuera necesaria, hago aquí el resumen de mis ideas y de mis deberes: 1º. No he creído nunca en ninguna religión positiva y mis sentimientos religiosos se reducen a un misticismo puramente personal. Pero respeto todas las religiones y jamás he cometido acto alguno contra ellas” (Ganivet, 2008, p. 1262).

La cita con Amelia, el mismo día en que él se arrojó al Dwina, fue indudablemente otro elemento que desestabilizó al joven escritor. Fernández Almagro explica la situación familiar de Ganivet en su *Vida y Obra de Ángel Ganivet*:

“En alguna de sus conversaciones, anunció Ganivet la próxima llegada a Riga de la mujer a quien él consideró siempre como su esposa (...) Ganivet hubo en Amelia Roldán dos hijos: un niño y una niña. La niña murió lejos de su padre, en un pueblo inmediato a París. Y tal fue el dolor de Ganivet que, incrédulo de su desgracia, hizo desenterrar el cadáver y que le fuese practicada la autopsia, según se cuenta. De aquel día en adelante, nuestro hombre decidió no comer sino vegetales. El niño creció y se educó junto a su madre, sólo a temporadas reunida bajo el mismo techo con su amante. La discontinua vida de hogar se hizo imposible el día en que amigos oficiosos hicieron a Ganivet determinadas revelaciones. La necesidad de una ruptura definitiva se le impuso como cosa indeclinable. Y rompió. Pero la herida en su corazón era por lo visto, muy profunda, puesto que en los delirios de Riga, el nombre de Amelia aparecía como motivo obsesionante. Íntimos de Ganivet aseguran que en tales circunstancias, Amelia le escribió a él en demanda de reconciliación, a cuyo fin ella tenía decidido el viaje hasta Riga” (1923, p. 291).

En el testamento guarda unas palabras de afecto hacia aquellos que quería: Amelia, sus hijos y sus amigos:

"9º. He tenido varios amoríos y un amor más noble a Amelia, a la que he dado muy malos ratos con mis necesidades.

10º. He tenido dos hijos: Natalia, que está enterrada en St. Léger lès Domart (Francia), y Ángel, que vive en Madrid; ambos son legítimos por mi voluntad. Tengo tres hermanos, muchos parientes y pocos y buenos amigos" (Ganivet, 2008, p. 1264).

En la redacción de *Vida Nueva* sabían, como ha sido frecuente interpretar desde su misma publicación, que *Los Trabajos del Infatigable Creador Pío Cid* era un texto que tenía una fuerte carga autobiográfica. Por eso echaron mano de él para buscar en aquellas páginas recientemente publicadas algún indicio que permitiera entender el suicidio del escritor de Granada. Y creyeron encontrarlo en "La invocación al amor divino", poema que a pesar de tener un fuerte sabor religioso publican. Por el tono de sus cartas y su actividad desbordante no se podía presagiar desde Madrid tal desenlace y la única explicación que encuentran es la de que tuviera una íntima desesperación que, según interpretan, habría tratado solucionar por medio de la fe.

El poema era una larga invocación de catorce estrofas con una estructura muy sencilla: el poeta se encuentra "bajo la verde bóveda sombría" y se pone a reflexionar sobre el amor; las estrofas comienzan alternativamente o bien con los versos "Yo sólo sé lo que es amor humano" (o su variante "Yo sé lo que es amor humano") o bien con "Pero no sé lo que es amor divino".

La "Invocación al amor divino" presenta a un hombre atormentado ante la existencia o inexistencia de un Dios que quiera y vele por el hombre. Ganivet asegura en ese poema que conoce el amor humano, y escribe sobre el amor a los amigos, a los hijos y a la mujer. Ganivet no conoce cómo es el amor divino del cual esperaba "que disipe estas sombras en las que vivo" y, como lo desconocía, le invocaba para que se apiadara "con el que en tierra se postró de hinojos". Ciertamente que leído en el contexto en el que se publicó el poema parece un testamento espiritual de su autor. Y así presentaron en la revista el drama de Ganivet, como una persona que vivía atormentada por problemas y envuelta en las dudas más acuciantes.

En el número siguiente, aparecido el 11 de diciembre de 1898, Enrique Mercader le dedica un breve artículo titulado "Ángel Ganivet"³ donde lamenta la pérdida de un escritor que guardaba aún muchos "frutos espirituales". Mercader era, en realidad, el catalán Pedro Corominas. Más adelante Corominas publicaría textos enjuiciando la obra de Ganivet. Tres números después, el 1 de enero de 1900, apareció el artículo "Mis inventos. La imagen muscular". En una nota al pie de la página se informa de que el artículo les llegó pocos días después de que falleciera su autor y era el primero de una serie escrita expresamente para la revista, extremo este último que el autor declara en el texto: "y si no me niegan su atención, ofrezco exponer aquí una serie de aplicaciones (...) que, a mi juicio, son el mejor medio, por no decir el único, para regenerar el país".

Al principio del texto Ganivet explicaba que, para él, el hombre era como un piano: tenía muchas teclas con infinidad de posibilidades combinatorias. Se trataba de un texto de filiación conductista. Si en un piano se quería interpretar determinada melodía sólo habría que saber qué teclas era preciso tocar. Con el hombre sucedía otro tanto: bastaba saber qué tocar para que hiciera algo o no. E ilustraba la teoría con un ejemplo en el cual él mismo era capaz de hacer que un contable se dedicara a hacer versos. A través de sus inventos Ganivet pensaba que se podría ayudar a "tocar las teclas" oportunas para que todos los hombres dieran de sí lo mejor.

Una vez más el artículo que recogía *Vida Nueva* era un reflejo de las íntimas preocupaciones de Ganivet. En el citado testamento afirma que "a la investigación psicológica (...) llevo consagrados unos diez años" (Ganivet, 2008, p. 1263) y hablaba de esos inventos que ocupaban su pensamiento últimamente:

"Hay una verdadera revolución, la de un hombre solo que obra sobre el espíritu de otros hombres. Esto se puede conseguir por medio de inventos psicológicos (...). Entre los inventos que yo he hecho, figuran la cama giratoria, el ciclobio, el paseo elíptico, los zapatos Z, el reloj sentimental y otros varios en ensayo, que juntos forman una nueva psicología".

³ Celma Valero (1991, p. 46) propone este artículo como modelo de crítica literaria cuando, en realidad, no se habla de ningún libro.

Todos los inventos de que habla en el testamento iban a ser, muy posiblemente, los títulos de otros tantos artículos de *Vida Nueva*. Y, por fin, en el número 45 (16 de abril de 1899) publicaron, como una muestra de afecto hacia el diplomático fallecido, el artículo "El libro de Granada" donde se hacían eco de la próxima aparición del *Libro de Granada* cuyo proyecto e índice había confeccionado Ganivet y en donde colaboraba con diversos textos.

Así pues en *Vida Nueva* contaron con Ángel Ganivet como con un joven prometedor que encajaba con el perfil regenerador de la revista. Allí le pidieron que colaborara y querían retenerlo con ellos hasta el punto de que cuando Ganivet expresó alguna queja por aparecer sus artículos al lado de otros que desmerecían, procuraron tratarle bien y colocar su siguiente artículo en el mejor lugar de la revista. Ganivet, a pesar de haber mostrado algunas reservas hacia *Vida Nueva*, no quiso dejar de colaborar. Todos sus textos eran de carácter político y buscaban la regeneración de España. Entendía este autor que la publicidad lograda por esta revista sería un altavoz para sus propuestas. De hecho, sus textos en *Vida Nueva* aunque fueran pocos le sirvieron para darle cierto reconocimiento y, como tal, sirvieron de altavoz sobre el resto de su producción. Y, finalmente, en la revista se sorprendieron de su muerte porque no había ningún signo que la pudiera presagiar y entendieron que había sido provocada por una íntima desesperación que se había tratado de consolar con la fe.

BIBLIOGRAFÍA

- Azorín, seud. de Martínez Ruiz, J. (1903, Diciembre 27). Pío Baroja y su última novela. Los compañeros. *Alma Española*, p. 9.
- Bush, P. (1980). Galdós y *Vida Nueva*. *Monteagudo: Revista de Literatura Española, Hispanoamericana y Teoría de la Literatura*, 68, 5-11.
- Cano, J. L. (1968). Azorín en *Vida Nueva*. *Cuadernos Hispanoamericanos*, 226 (227), 423-435.
- Celma Valero, M. del P. (1991). *Literatura y periodismo en las revistas del Fin de Siglo. Estudio e Índices (1888-1907)*. Madrid: Ed. Júcar.

- Cruz Seoane, M. & Sáiz, M. D. (1996). *Historia del Periodismo*. Madrid: ed. Alianza Universidad.
- Díez-Canedo, E. (1918, Marzo 15). La literatura contemporánea. España. *Revista General*, pp.1-6.
- Fernández Almagro, M. (1923). *Vida y obra de Ángel Ganivet*. Valencia: ed. Sempere.
- Fuentes, J. F. & Fernández Sebastián, J. (1998). *Historia del Periodismo Español*. Madrid: ed. Síntesis,.
- Gallego Morel, A. (1971). *Estudios y Textos Ganivetianos*. Madrid: CSIC.
- Ganivet, A. (1898, Agosto 21). Nuestro espíritu misterioso. *Vida Nueva*, sin p.
- Ganivet, A. (1898, Octubre 16). ¡Ñañññ!. *Vida Nueva*, sin p.
- Ganivet, A. (1898, Diciembre 4). Invocación al amor divino. *Vida Nueva*, sin p.
- Ganivet, A. (1899, Enero 1). Mis inventos. La imagen muscular. *Vida Nueva*, sin p.
- Ganivet, A. (2008). *Obras Completas*. García Lara, F. (ed.), X, Granada: Diputación de Granada.
- García Blanco, M. (1961). Juan Ramón Jiménez y la revista *Vida Nueva* (1899-1900). *Studia Philologica*, 2, 31-72.
- Gordon, M. (1998). Ángel Ganivet o la significación intelectual del 98. *Estudios sobre el Mensaje Periodístico*, 4, 13-24.
- Lee Bates, K. (1899, Agosto 27). Spain's Political crisis [La crisis política de España]. *The New York Times*, sin p.
- El libro de Granada. (1899, Abril 16). *Vida Nueva*, sin p.
- Lluria, E. (1898, Agosto 21). Lo indispensable. *Vida Nueva*, sin p.
- Mercader, E., seud. de P. Corominas (1898, Diciembre 11). Ángel Ganivet. *Vida Nueva*, sin p.
- Morato, J. J. (1927, Diciembre 4). Los redentores del obrero. Pablo Iglesias, *La Libertad*, sin p.

Qué es y cómo es *Vida Nueva*. (1898, Diciembre 11). *Vida Nueva*, sin p.

Rivas Bravo, N. (2000). Rubén Darío en la Revista *Vida Nueva*. *Philologia Hispalensis*, 14, 249-252.

Unamuno, M. de (1916, Enero 31). De las tristezas españolas. Nuestra egolatría de los del 98. *Los Lunes de El Imparcial*, sin p.

The voice of Young Spain [La voz de la juventud española]. (1898, Junio 26). *Vida Nueva*, sin p.